Preguntas de Reflexión

- ¿Cómo te sientes al verte como el viajero herido en tu viaje de la adicción y recuperación?

- ¿Quién ha sido un(a) "Buen(a) Samaritano(a)" en tus momentos de necesidad, y cómo te ayudó su compasión a sanar?

- ¿Qué significa para ti el "anda y haz tú lo mismo" en el contexto de la adicción de tu ser querido?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Deuteronomio 30:10-14
Salmo Responsorial: Salmo 69:14, 17, 30-31, 33-34, 36, 37
Segunda Lectura: Colosenses 1:15-20
Evangelio: Lucas 10:25-37

Católico en Recuperación
Junta de Recuperación para Familiares

Decimoquinto Domingo del Tiempo Ordinario

Catholic in Recovery

La adicción no daña solo a la persona que lucha contra ella -lastima a todos los que están a su alrededor. Como familiares, en ocasiones experimentamos cómo se erosionan lentamente la confianza, la paz, y la unidad. Podemos cargar con resentimiento, con vergüenza, o con un constante sentimiento de fracaso. Nuestros sueños de estabilidad, intimidad, y gozo pueden sentirse como rotos. Nos pueden dejar emocionalmente exhaustos, confundidos, y dudosos sobre dónde podemos pedir ayuda. Exactamente como el hombre golpeado y abandonado que menciona el Evangelio de este domingo, nosotros también podemos sentirnos despojados, y dejados medio muertos a la orilla del camino por causa del duro impacto de la adicción.

El Evangelio de este domingo narra la Parábola del Buen Samaritano. Un maestro de la ley pone a Jesús a prueba, preguntándole lo que se necesita para tener vida eterna. Jesús le voltea la pregunta, y el hombre contesta con una síntesis de la ley (Lucas 10:27-28):

“Amarás al Señor tu Dios,
con todo tu corazón,
y con toda tu alma,
y con todas tus fuerzas,
y con toda tu mente,
y a tu prójimo como a ti mismo.”
[Jesús] le dijo, “Has respondido bien;
haz esto y vivirás.”

Pero cuando Jesús es forzado a precisar quién es “el prójimo”, relata una historia de extrema misericordia que supera las expectativas religiosas y culturales (Lucas 10:30-37):

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó
y cayó en manos de unos salteadores que,
lo desnudaron, lo golpearon y lo dejaron medio muerto.
Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote,
y, al verlo, pasó de largo.
Igualmente, un levita llegó cerca de aquel lugar;
y, al verlo, también pasó de largo.
Pero un samaritano que iba de viaje se llegó hasta él,
y, al verlo, se llenó de compasión.
Se acercó y le vendó las heridas echando en ellas aceite y vino.
Lo montó en su propia cabalgadura,
lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó.
Al día siguiente, sacando dos denarios,
se los dio al posadero y le dijo:
‘Cuida de él, y lo que gastes de más
te lo daré a mi vuelta.’
¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo
del que cayó en manos de los salteadores?
Él le contestó “El que tuvo misericordia con él.”
Jesús le dijo, “Anda, pues, y haz tú lo mismo.”

Esta imagen poderosa nos recuerda nuestra experiencia como seres queridos de alguien con adicción. A veces hemos sido como el sacerdote o el levita: nos alejamos emocional o espiritualmente porque el dolor es demasiado. Otras veces, intentamos ser salvadores, dándolo todo, solo para descubrir que estamos vacíos. Y en muchos casos, hemos sido el viajero herido: confundidos, agotados y desesperados por ayuda.

El Buen Samaritano, rechazado por su cultura, muestra una misericordia que refleja el amor de Dios. No pregunta cómo llegó el hombre ahí ni si merecía ayuda. Solo actúa con compasión y dignidad. Esta es la clase de misericordia que necesitamos de Dios y de los demás. La recuperación comienza cuando aceptamos esa misericordia, reconocemos nuestras heridas y somos honestos sobre nuestras limitaciones.

El aceite y el vino que el samaritano vierte sobre las heridas representan los Sacramentos y el bálsamo sanador de la Iglesia. Dios se encuentra con nosotros en nuestro quebranto, sin esperar a que nos “recompongamos”. En espacios de recuperación, somos libres para reconocer nuestra impotencia, rodeados de personas que aman sin juzgar. Jesús dice: “anda y haz tú lo mismo”. Esto no significa facilitar o controlar a nuestro ser querido con adicción, sino convertirnos en instrumentos de paz y compasión: primero con nosotros mismos, luego con otros. Aprendemos a amar poniendo límites, a servir sin agotarnos, y a ver el poder de Dios de formas inesperadas.

Dios ve cada lágrima, cada noche en vela, cada momento de desamor. Él quiere restaurarnos, no solo para sobrevivir, sino para prosperar. Y en esa restauración, podemos ayudar a otros, como fuimos ayudados.